

**CUANDO DIOS GRITABA: REVOLUCIÓN
LA IGLESIA CATÓLICA EN LA REVOLUCIÓN SALVADOREÑA**

Eusebi Fortuny Capafons

Universidad de Lleida, Catalunya, España

Introducción

En toda la historia de El Salvador, como nuestros colegas bien sabrán, encontramos una constante e importante huella de la Iglesia católica. Des de la invasión y conquista española en el s.XVI hasta nuestros días, miremos donde miremos, y leamos lo que leamos, la Iglesia está presente. Ya sea en la arquitectura de pueblos y ciudades, ya sea en las celebraciones populares y fiestas, ya sea en el subconsciente colectivo. La Iglesia y el cristianismo desempeñan un papel de gran importancia en la creación de la superestructura ideológica que marca la cultura, el pensamiento y el estilo y ritmo de vida de El Salvador.

Mi tesis de investigación y tema de esta ponencia gira en torno al papel, a mi entender protagonista, que tuvo la Iglesia católica en el proceso revolucionario de El Salvador desde los años 60 hasta los primeros años de la transición democrática, a mediados de la década de los 90. Indagaremos, en esta ponencia, en los primeros años de este período, sobretodo en los importantes factores que fueron detonantes del proceso revolucionario salvadoreño, entre los años 1962 y 1980, siendo el primero el inicio del Concilio Vaticano II y el segundo, la muerte de Mons. Romero.

Empezaremos haciendo brevemente un repaso a los antecedentes, viendo de forma muy sintética el papel que la Iglesia tenía en el pueblo y la historia. En un segundo termino, analizaremos la Iglesia, su historia mundial y su historia latinoamericana, centrándonos posteriormente en los arzobispados de Mons. Chávez y Mons. Romero, detonantes del proceso revolucionario eclesial, para ver como la nueva pastoral y teología nacida del Vaticano II y Medellín nos conducen al “desbloqueo ideológico”, base de mi investigación. Me he permitido titular esta segunda parte de mi exposición como “ De la revolución eclesial

a la revolución político-militar”, dando ya a entender sus conexiones y desarrollo posterior. Cabe explicar la frase con la que he titulado esta ponencia: “Cuando Dios gritaba revolución”. Daniel Viglietti, cantautor argentino, en 1967 hizo una canción dedicada al sacerdote-guerrillero Camilo Torres. Viglietti canta la muerte de Camilo y como cuando cae en combate, la voz de Dios resuena gritando: Revolución. Esta idea me atrajo viendo que en la realidad salvadoreña que estudiaba, en un tiempo concreto y en un contexto concreto, Dios había gritado a la Revolución.

Antecedentes:

Es bien conocido por todos que la conquista española de América se consiguió con la espada en la mano derecha y la cruz en la mano izquierda. La Iglesia fue una pieza principal en el proceso de conquista y en la creación de la sociedad colonial. Su función principal, bajo la bandera de la evangelización, era el control social e ideológico de esta nueva sociedad. Tras la conversión forzosa de la población indígena se estructuró un sistema político y social sostenido por un marco ideológico idéntico al sistema medieval europeo. La Iglesia creó en América la misma estructura que en Europa, una estructura de poder y control mediante la fe y la manipulación de esta para legitimar un orden establecido concreto de dominación y represión. Es aquí cuando palabras como “resignación” o sobretodo “providencialismo” toman un peso importante.

La superestructura diseñada por la Iglesia sostiene que el poder político colonial está legitimado por designios divinos y que los gobernantes, bajo bendición eclesiástica, son “infalibles”, si se me permite la expresión. Claro está que hay que recordar honrosas excepciones, como la de Bartolomé de las Casas, entre otros, que ven el daño que se está haciendo, bajo el estandarte de la cruz o las reducciones jesuíticas del Paraguay.

Así pues, en la época colonial, la Iglesia desempeña un papel legitimador del orden de la metrópoli, a la vez que crea un marco ideológico que durará hasta bien entrado el s.XX.

Tras la independencia, y como bien ha tratado el P. Rodolfo Cardenal en *El poder eclesiástico en El Salvador*¹, la Iglesia mantiene su poder a pesar de las luchas entre conservadores y

¹ Cardenal, R.; *El poder eclesiástico en El Salvador*; CONCULTURA, San Salvador, 2001

liberales, y vemos como esta sabe adaptarse a la sociedad liberal sin necesidad de perder cuotas de poder. Su papel en las parroquias, en el campo y las ciudades, sigue legitimando el poder político, y predicando la resignación frente a la pobreza, la explotación y la injusticia del sistema post-colonial. Su tarea se centra en la administración de sacramentos sin ningún trabajo social con la población.

Después de la segunda guerra mundial, la Iglesia descubre un nuevo enemigo, el Comunismo, ya anclada en el sistema liberal capitalista, que años atrás había atacado directamente, ahora es el materialismo socialista el enemigo público número uno. El anticomunismo de la Iglesia será un tema recurrente, ya sea en la revolución de 1932, cuando el obispo Bellosio da las gracias a Dios por haber erradicado el comunismo de su país o con el flagrante anticomunismo de Juan Pablo II, que podemos ver en la entrevista que sostiene con Mons. Romero en Roma el 1980.

A nivel interno, la Iglesia anterior al Concilio Vaticano II vive cerrada en ella misma, como bien retrata L. Boff en *Iglesia, Carisma y Poder*². Portadora única de la verdad y la salvación, se cierra al mundo y sobretodo a la política. Es una contradicción. Por un lado legitima el orden político, pero por el otro clama que el creyente no debe “meterse en política”, más bien debe dejar la política al estado, que ella misma legitima... es un pez que se muerde la cola. La Iglesia se cierra en su predicación providencialista y en la administración de sacramentos, considerando su misión puramente espiritual y a ser el único vehículo de la salvación del reino de Dios.

A nivel práctico, la Iglesia desarrolla sus funciones estructurada en una blindada jerarquía, en la figura del sacerdote como mensajero de Dios e intercesor de la salvación eterna. El Reino de Dios constituye una idea post-mortem como recompensa a una vida abnegada y sumisa a los designios de Dios en la tierra.

De la revolución eclesial a la revolución político-militar

Antes del Concilio Vaticano II ya existían movimientos progresistas dentro de la Iglesia, personajes que buscaban adaptar el mensaje del Evangelio y la vida religiosa a una realidad

² Boff, L.; *Església, Carisma i Poder*; Ed. Claret, Barcelona, 1982

cambiante, y a una realidad sufriente del mundo contemporáneo. Munier, Foucault, Chardin, Simone Weil, Bonhefer, entre otros, son testimonios de una corriente, en Europa, que desembocará en el Concilio de Juan XXIII. En América, ya encontramos también testigos de estos cambios dentro de la Iglesia, como el caso de Helder Cámara, en Brasil o aquí, en El Salvador, el propio Mons. Luis Chávez y González. De la misma manera, en el mundo laico, los movimientos de Acción Católica empezaban a dar también esperanzas de renovación, o al menos, esperanzas de adaptación a los nuevos tiempos. Hay que remarcar también que estos movimientos y personajes son minoritarios en la Iglesia anteconciliar.

El Concilio Vaticano II, como ya es bien conocido por mis colegas, fue un antes y un después dentro de la Iglesia y su historia. Juan XXIII proclama un “aggiornamento”, un importante cambio de aires dentro del seno de la Iglesia Católica. La Iglesia mira al mundo y este le cuestiona su función y su praxis. El Concilio declara la autonomía de la persona humana, la libertad de investigación teológica y de expresión, nuevas creaciones litúrgicas y formulaciones teológicas, pluralismo intraeclesial, diálogo, compromiso y profecía como exigencias del seguimiento de Cristo, la opción preferencial por los pobres como marco y motor eclesial, etc³. Estas declaraciones de intenciones del Concilio, publicadas y aceptadas por sus prelados, revolucionaron la concepción de la Iglesia en buena parte del mundo, pero no estuvieron libres de crítica, ya que se formularon unas reformas desde un cuerpo eclesial que era el propio sujeto de cambio, y esto dificultó la praxis de las revolucionarias reformas formuladas en el Concilio. Aún así, no podemos menospreciar la influencia de este hito histórico a pesar de su puesta en práctica discutible.

Pero lo que nos concierne es la adaptación del Concilio a la realidad eclesial latinoamericana. El encuentro de obispos de Medellín, el 1968, marcó la diferencia y un importante punto y aparte en esta historia. De Medellín salieron los nuevos paradigmas de la “Opción preferencial por los Pobres” y la “Iglesia de los Pobres”⁴, conceptos como el “pecado estructural” o el claro compromiso de la Iglesia por la justicia partiendo de la idea de “pueblo crucificado” o, en palabras del teólogo Jon Sobrino, bajar de la cruz al pueblo latinoamericano. Esa mirada conciliar de la Iglesia al mundo que la rodea y en la que está, en América, topó de con el sufrimiento, la esclavitud, la injusticia, la miseria y la pobreza de la mayoría del pueblo latinoamericano. En palabras de los obispos reunidos en Medellín, “El

³ AAVV; *Concili Ecumènic Vaticà II, Constitucions, Decrets i Declaracions*; Ed. Claret, Barcelona, 1993

⁴ AAVV; *Los textos de Medellín y el proceso de cambio en América Latina*; UCA Ed., San Salvador, 1977

Episcopado latinoamericano no puede quedar indiferente ante las tremendas injusticias sociales existentes en América Latina, que mantienen a la mayoría de nuestros pueblos en una dolorosa pobreza cercana, en muchísimos casos, a la inhumana miseria. Un sordo clamor brota de millones de personas, pidiendo a sus pastores una liberación que no les llega de ninguna parte.”⁵

La relectura de la Biblia, partiendo de la realidad concreta de América Latina, estudiada y analizada científicamente (desde las ciencias sociales y teológicas) lleva al nacimiento de una nueva teología y una nueva eclesiología: la Teología de la Liberación y la Iglesia de los Pobres, centradas ambas en la lucha por la justicia en un mundo destruido por el hambre, la guerra, la represión y el capitalismo. Son la respuesta al problema fundamental del cristianismo, anunciar y realizar la “historia de salvación” dentro un mundo histórico, real y tangible. En palabras de Ignacio Ellacuría, “objetivación del pecado y en el cual el pecado se ha objetivado en forma de injusticia y opresión”⁶. La nueva Iglesia busca la liberación integral de la persona, a todo nivel, político, religioso, social y económico. El sujeto histórico de la Iglesia ya no es el creyente, sino el pueblo oprimido, un pueblo que se organiza para arbitrar luchas hacia el cambio social. Se encuña un nuevo concepto: la “encarnación” de la Iglesia a la realidad social, política y económica de América Latina. Encarnación desde los olvidados o los “nadies” como los llama Eduardo Galeano.

Esta encarnación se plasma en las bases de la Iglesia, los verdaderos constructores de una realidad eclesial, social y política nueva. De la reflexión comunitaria a la luz de la fe y el Evangelio, de los problemas estructurales que les rodean y apremian, nace el compromiso político de cambio y de liberación de estructuras injustas. El sujeto histórico ya no será receptor de la “verdad” sino constructor de una realidad eclesial, social y política. José Comblin remarca que no estamos hablando de una Iglesia para los pobres, sino de una Iglesia de los pobres que pide y trabaja para la conversión social: justicia y liberación integral de la persona⁷. De aquí nace la necesidad de la política en la Iglesia. La Iglesia debe hacer política como necesidad inmediata de la fe y de la búsqueda de justicia. Practicar la política es crear justicia para todos, crear justicia es dar culto a Dios, es una manera exigente de vivir el

⁵ Idem.

⁶ Ellacuría, I.; “La misión de la Iglesia latinoamericana”; *Escritos Teológicos vol.II*; UCA Ed., San Salvador, 2000

⁷ Comblin, J.; “Nuevo amanecer en la Iglesia”; *Alternativas, revista de análisis y reflexión teológica*; num.25, Managua, 2003

compromiso cristiano del servicio a los demás. La política como búsqueda del bien común y en común, promoción de justicia, derechos humanos, denuncia de la corrupción y violaciones de la dignidad humana interesa a la Iglesia, que está obligada evangélicamente a tener y hacer política, pues la neutralidad no existe. Este es un campo que será labrado y trabajado por el laicado de esta nueva concepción de Iglesia, convirtiéndose en una realidad eclesiológica.

Ya desde el Concilio Vaticano II y más concretamente desde Medellín, esta nueva eclesiología y esta praxis eclesial va construyéndose sobre una nueva base teológica e intelectual, la Teología de la Liberación. El 1969, Gustavo Gutiérrez pone por escrito esta nueva corriente teológica, con una obra del mismo título, que marcará las bases y reorientará, desde la praxis de la liberación, la existencia y la espiritualidad cristianas⁸. Es en la Conferencia Episcopal de Puebla (1979) que se consagra la Teología de la Liberación.

Junto con esta nueva teología y estos cambios radicales dentro de la Iglesia latinoamericana, nace una praxis que será la base concreta y real de la Iglesia de los Pobres. Son las Comunidades Eclesiales de Base. En palabras de Leonard Boff, con las CEB se produce una verdadera “Eclesiogénesis”, o nacimiento de una nueva Iglesia⁹. En palabras de los obispos reunidos en Puebla: “La Comunidad Eclesial de Base, como Comunidad, integra familias, adultos, jóvenes, en íntima relación interpersonal con la fe. Como Eclesial, es comunidad de fe, esperanza y caridad; celebra la palabra de Dios y se nutre con la Eucaristía (...); realiza la Palabra de Dios en la vida, a través de la solidaridad y compromiso con el mandamiento nuevo del Señor y hace presente y actuante la misión eclesial y la comunión visible con los legítimos pastores, a través del servicio de coordinadores aprobados. Es de Base, ya que está constituida por pocos miembros, en forma permanente y a manera de célula de la gran Comunidad – Iglesia Católica.”¹⁰.

Las CEB serán la base del proceso de desbloqueo ideológico que ya hemos insinuado y desarrollaremos más adelante, pero si hay que remarcar ahora que las CEB crean una nueva forma de ser Iglesia desde la base, desde el pueblo pobre. Se caracterizan por su dinamismo y fuerza profética, conciencia de la realidad, una realidad juzgada a la luz de las Escrituras y del

⁸ Gutiérrez, G.; *Teología de la Liberación*; Ed. CEP, Lima, 1984

⁹ Boff, L.; *Eclesiogénesis. Las Comunidades de Base reinventan la Iglesia*; Ed. Sal Terrae, Santander, 1979

¹⁰ AAVV; *Puebla, la evangelización en el presente y el futuro de América Latina*; UCA Ed., San Salvador, 1979

compromiso social, un compromiso que se materializará en las organizaciones sociales y en la dimensión política de la fe.

Vamos entrando en materia: ¿Qué papel tuvo la Iglesia en el proceso revolucionario de El Salvador? ¿Tuvo que ver la Iglesia católica en la aparición de las organizaciones populares de masas y los movimientos político-militares? Intentaremos dar respuesta a estos interrogantes y a otros que irán apareciendo en esta disertación.

En El Salvador encontramos una serie de factores endógenos que serán tierra abonada para el proceso revolucionario y a su vez, de revolución eclesial. De un lado, hay que destacar la exclusión social, política y económica de la mayoría de la población civil. Una situación totalmente incompatible con el modelo desarrollista que la incipiente burguesía quería impulsar. Por el otro lado nos encontramos con una situación de marginación, exclusión y extrema pobreza del campesinado salvadoreño, siendo este la mayoría del país y convirtiéndose en un polvorín a punto de estallar al ver que su situación no tenía, ni a corto ni largo plazo, una solución posible. Finalmente, la escasa o nula atención eclesiástica de la población, centrada exclusivamente en el sacramentalismo y las misas dominicales, pero sin ninguna implicación de los sacerdotes en la vida de sus feligreses. Estos factores van a impulsar las primeras reformas eclesiales con Mons. Chávez y González, junto con todo el movimiento renovador que he expuesto anteriormente¹¹. Cabe decir también, que estos factores que acabo de exponer, coinciden con los expuestos por Lenin, dejando a un lado el tema eclesial, como los factores necesarios para un proceso revolucionario: Fracaso del desarrollismo burgués y situación de extrema marginación y pobreza de la mayoría de la población, como nos exponen Marta Harnecker en *La revolución social*.¹²

Durante los primeros años de la década de los años 60, en El Salvador nacen un importante número de grupos y movimientos de apostolado seglar en el si de la Acción Católica centrados en la Doctrina Social de la Iglesia y apoyados a nivel político por la Democracia Cristiana. Entre ellos podemos nombrar la Acción Católica Universitaria Salvadoreña, la Juventud Obrera Católica, el Movimiento Familiar Cristiano, la Juventud Agraria Católica, etc. De estos primeros grupos nacerá una organización que tomará gran protagonismo

¹¹ Fortuny, E.; *Quan Déu cridava: Revolució! L'Església Catòlica en els processos revolucionaris de El Salvador i Nicaragua (1960-2000)*; Ed. Universitat de Lleida, Lleida, 2007

¹² Harnecker, M.; *La revolución social*; Ed. Universitaria, UES, San Salvador

posteriormente, FECCAS, la Federación Cristiana de Campesinos Salvadoreños. En el tema de la Acción Católica tenemos discusión profesional. Encontramos autores que remarcan estos movimientos de apostolado seglar como el germen desde el cual se desarrollaron los cambios eclesiales y las futuras CEB, pero de otro lado, encontramos también otros autores que dejan a un lado estos movimientos, a su entender minoritarios y de poca influencia sobre las nuevas CEB y organizaciones cristianas. A mi entender una parte de relación tuvieron pero hay que matizarla. La Acción Católica actuó mucho en el mundo urbano, minoritario en este país, y si dejó una herencia a las CEB, su método de revisión de vida iniciado en Europa por Joseph Cardijn, el conocido “ver-juzgar-actuar”. Aún así encontramos muchas diferencias, sobretodo a nivel ideológico y práctico. Los grupos de Acción Católica se centrarán más en el asistencialismo y en la doctrina social, sin entrar a fondo en propiciar cambios sociales importantes hacia una verdadera justicia política, social y económica.

Los vientos conciliares también afectaron a El Salvador y fue Mons. Chávez quien más se entregó a poner en práctica estas reformas eclesiales, desde una visión profética de la realidad salvadoreña. Propicia la creación de Comunidades Eclesiales de Base y apoya proyectos misionales en las parroquias más pobres del país. Hay que destacar los proyectos del jesuita Rutilio Grande, siendo rector del Seminario Mayor de San José de la Montaña. Pero ya hablaremos del P. Grande más tarde. Mons. Chávez iniciará la creación de la Iglesia de los Pobres, que culminará Mons. Romero, adoptando e interiorizando las conclusiones salidas de Medellín. Hay que remarcar el papel modernizador de Mons. Chávez anticipándose a su tiempo con la carta pastoral de 1966, su trigésimo séptima carta titulada *Responsabilidad del laico en el ordenamiento de lo temporal*¹³, donde remarca la importancia de la denuncia profética del laicado y de la Iglesia de las injusticias, y como retrata las injusticias que estaba sufriendo el pueblo salvadoreño en aquel entonces. Mons. Chávez destaca las causas y el origen de la injusticia en la acumulación de la riqueza del país en pocas manos y la necesidad de un cambio social profundo. “Si las estructuras políticas o económicas de un país condicionan a una parte importante de la población a vivir en situaciones donde el hombre normal no puede alcanzar su pleno desarrollo humano, esas estructuras tienen que cambiar.”

Mons. Chávez impulsará la creación de Comunidades de Base en el seno de las parroquias y de la nueva pastoral. Será en la arquidiócesis de San Salvador donde estas parroquias

¹³ Chávez y González, L.; *37a Carta Pastoral: la responsabilidad del laico en el ordenamiento de lo temporal*; San Salvador, 1966

iniciarán el trabajo pastoral de formación y promoción de laicos como agentes de pastoral y delegados de la Palabra. Junto a este programa en las parroquias, se inician desde el arzobispado el programa de religiosas en parroquias sin sacerdote y la Comisión de Pastoral del Arzobispado. Esta comisión, formada por sacerdotes, religiosos y laicos se encargará de la formación pastoral y sobretodo una formación de realidad nacional. Todas estas reformas de Mons. Chávez culminan en la 1ª Semana de Pastoral de Conjunto, realizada en 1970, cuyas conclusiones serán: el fomento de las CEB como nueva vida parroquial, profundizar en la promoción de un nuevo ministerio encarnado en la realidad concreta de la comunidad, la formación de catequistas y agentes de pastoral, y, finalmente, conseguir la unidad de los agentes de pastoral de base en una teología latinoamericana y en una reflexión constante sobre la realidad del país. Ya encontramos aquí uno de los primeros choques entre los distintos sectores de la Iglesia salvadoreña. La Conferencia Episcopal, exceptuando al Arzobispo y su auxiliar, Mons. Rivera, con el apoyo de la Congregación para la Doctrina de la Fe, en Roma, borran de las conclusiones de la semana todo aquel tinte a Teología de la Liberación y aquello que pudiera ser interpretado como comunismo¹⁴.

El influjo de Medellín no para. Hay que destacar los planes pastorales de Suchitoto, con los padres Alas, en Chalatenango, San Vicente, Cojutepeque o Aguilares, con Rutilio Grande en cabeza. Aguilares será un modelo a seguir en pastoral popular y en construcción de la Iglesia de los Pobres, y también testimonio martirial, con el asesinato de su párroco. También son los años de la creación de la CONIP, la Coordinadora Nacional de la Iglesia Popular, que aglutinará muchas de las CEB de la arquidiócesis de San Salvador y otras diócesis.

Estos nuevos planes pastorales estaban centrados en la conjunción fe-vida, el análisis de la realidad desde la fe y la lectura bíblica y la organización de la población para el mejor trabajo conjunto en la promoción de la justicia, que la propia fe enmarca. Este trabajo pastoral produjo un importante cambio en la población salvadoreña, sobretodo de las masas pobres del país. Es el que llamamos un desbloqueo ideológico. El paso de la resignación y el providencialismo al análisis de la realidad y a la actuación por el cambio social desde la fe. El pobre descubre que Dios está de su parte, que no quiere la miseria del pueblo, que Dios es Liberador y quiere la libertad de su pueblo. La cristiana resignación da paso a la lucha por la justicia, a la organización, a la voluntad de cambios radicales. El desbloqueo ideológico

¹⁴ Cardenal, R.; *Historia de una esperanza, vida de Rutilio Grande*; UCA Ed., San Salvador, 1998

conduce a una conversión política. Desde la conquista, el pobre tenía que resignarse a su condición por decreto divino, y todo aquello que sonara a política era pecado o peor aún, comunismo. A partir del desbloqueo ideológico, el pueblo salvadoreño ve que debe implicarse políticamente para conseguir construir el Reino de Dios en la tierra, para buscar la justicia y la libertad que Dios desea para él. Se convierte de sujeto pasivo eclesial y políticamente hablando, a protagonista eclesial y político. Las organizaciones campesinas toman un nuevo aire revolucionario y dejan el anterior asistencialismo para pasar a la denuncia social, la toma de tierras y el trabajo sindical. Las organizaciones políticas existentes, nacidas del mundo obrero y la mediana burguesía progresista de las universidades, encuentran en el mundo rural cristiano una importante cantera de nuevos militantes dispuestos a luchar por su dignidad. Es aquí cuando renace FECCAS, nace la UTC, el FAPU y muchas otras organizaciones que irán de la mano de las organizaciones clandestinas político-militares. En mis estudios me he centrado más en la relación entre FECCAS-UTC con las Fuerzas Populares de Liberación (FPL), y en la relación que estas tenían con la CONIP o con otros sacerdotes y religiosos¹⁵.

Para no alargarme demasiado solamente voy a nombrar dos ejemplos, que creo paradigmáticos de la Iglesia Popular salvadoreña, para ilustrar esta exposición: el jesuita Rutilio Grande y Mons. Oscar Romero.

El P. Rutilio Grande sj. fue el promotor e impulsor de la nueva pastoral nacida del Vaticano II y de Medellín. Su experiencia pastoral en Aguilares fue la primera experiencia de la Iglesia de los Pobres. Ya antes de ser rector de Aguilares, siendo director del Seminario Mayor de San José de la Montaña, Rutilio Grande inicia un acercamiento del clero a la población y sobretodo a las mayorías pobres del país enviando a los seminaristas y novicios a experiencias de convivencia con los campesinos. Siendo rector de Aguilares (1972), mantiene este acercamiento a la población e inicia un proyecto pastoral en dos etapas: la primera enviando jóvenes estudiantes y sacerdotes a los diferentes caseríos y cantones a analizar sobre el terreno la situación del campesinado a nivel social y económico, a la vez que iniciaban charlas sobre Evangelio y Pastoral liberadora. En esta primera etapa se crean las primeras Comunidades de Base en la zona. En una segunda fase, Rutilio Grande establece unos cursos para reforzar a los agentes de pastoral y delegados de la Palabra: cursos de Biblia, realidad nacional, concienciación política, etc. El papel de los laicos en la parroquia crece mucho en este

¹⁵ Fortuny, E.; *Quan Déu cridava: Revolució*; opus cit.

período¹⁶. A su vez, va creciendo la conciencia comunitaria y la necesidad de organizar la población para mayor defensa de sus derechos y para luchar contra la injusticia social. Con esta nueva pastoral, se produce un cambio radical en la religiosidad popular, de una religiosidad tradicional vinculada a una respuesta interiorista y pietista, se pasa a una religiosidad comprometida socialmente. Es en este momento que se recupera FECCAS como organización campesina adaptada a la nueva realidad.

Rutilio Grande es acusado de instigar a la población a la rebelión y al comunismo, y es asesinado el 12 de marzo de 1977. El mismo 1977 en que Oscar Romero, obispo de Santiago de María es nombrado arzobispo de San Salvador.

Oscar Arnulfo Romero era considerado un obispo conservador, un intelectual demasiado prudente y tradicional para suponer un problema para aquellos que venían en la Iglesia a un potencial enemigo. Romero es nombrado arzobispo con la intención de frenar el avance de la Iglesia popular que había iniciado su precursor, Mons. Chávez. Pero Mons. Romero se encuentra con una Iglesia en plena convulsión y una Iglesia perseguida. La sangre de la represión, el asesinato de Rutilio Grande (amigo personal de Romero) y la realidad salvadoreña producen en Romero un cambio radical, en palabras cristianas, una conversión. Se convertirá en “la voz de los sin voz” denunciando los atropellos y las violaciones a los derechos humanos que se cometían en El Salvador desde las homilias dominicales en Catedral y creando el servicio a las víctimas del Socorro Jurídico. Será impulsor de importantes iniciativas pastorales y continuador de la pastoral de Medellín, que consolidará en Puebla, junto con su adhesión a la Teología de la Liberación. Romero apoya las organizaciones de masas, sin dejar de ser crítico con ellas, ya que ve en ellas la posibilidad de un cambio hacia la justicia en el país. Es también una voz crítica con la violencia, sea del signo que sea¹⁷.

Romero será un icono de la Iglesia de los Pobres, un santo popular que dio esperanza y voz a los pobres de El Salvador.

Así pues, vemos como la nueva pastoral liberadora de la Iglesia Popular hace que el pobre se plantee su situación de pobreza, viendo la injusticia de dicha situación, a la que los obispos en Medellín llamaron “pecado estructural”. Esta visión de la realidad despierta, a la luz de la fe,

¹⁶ Cardenal, R.; *Historia de una esperanza*; opus cit.

¹⁷ Cardenal, R.; Matín-Baró, I.; Sobrino, J.; *La voz de los sin voz*; UCA Ed., San Salvador, 2001

un deseo de cambio e implicación en este cambio: la conversión política. La practica se centrará en la organización del campesino en organizaciones concretas. De estas, tras el fracaso de la vía civil o pacífica, el campesino toma las armas como forma de supervivencia frente al aumento de la represión gubernamental, que le llevará a su adhesión a las organizaciones político-militares y a la guerra civil.

Finalmente, quisiera recordar a las víctimas. Ya hemos hablado del asesinato de Rutilio Grande y de la persecución a la Iglesia popular, pero hay que remarcar que la Iglesia, por su trabajo pastoral y su identificación con el pobre y el que sufre el “pecado estructural” y la violencia institucionalizada, fue y es objeto de la represión y del asesinato. La Iglesia de los Pobres es perseguida, convirtiéndose en Iglesia martirial. El 1977 dos sacerdotes son asesinados por las fuerzas armadas salvadoreñas: Rutilio Grande y Ernesto Barrera. Ellos serán los primeros de un vía crucis de sangre que llegará hasta el asesinato de Mons. Romero el 24 de marzo de 1980 y a las 70.000 víctimas de la guerra civil hasta 1992, muchos de ellos catequistas, delegados de la palabra, agentes de pastoral o, sencillamente, creyentes. El mismo Mons. Romero decía “la voz de la sangre es la más elocuente de las palabras”, la fidelidad al Evangelio y a la Iglesia de los Pobres, la lucha por la justicia, se paga con la vida. “Haga patria, mate a un cura” es un eslogan de sobras conocido. Permítanme, también, nombrar a los 6 jesuitas asesinados por las fuerzas armadas en la UCA el noviembre de 1989, mártires de la Iglesia salvadoreña, mártires que sembraron la esperanza y oyeron el grito de Dios llamando a la revolución.